



PTAKI

Abel Campos de la Rosa

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Contrario al resto del mundo —donde los fenómenos suceden distinto del orden natural de las cosas—, en Polonia el tiempo no tiende a desestabilizarse en favor de las circunstancias. Cuando era niño teníamos un reloj colgado en la cocina: cada segundo hacía un tic y cada minuto un tac. Yo solía contar los segundos (salvando las veces que eran mero vicio o costumbre) para comprobar que un minuto en verdad tenía sesenta. Y créeme, lector, que así es. Tengo autoridad en el tema porque el tiempo fue mi profesión de la infancia. Relojero, contador, tiempiero. Fuera de casa fui también conjetrador temporal, intuidor de segundos, sospechador de minutos transcurridos.

Recuerdo que el día en que mis padres desaparecieron conté los segundos de la mañana a la noche, desde las ocho hasta las ocho, esperando sorprenderlos con el dato. Algo como: “Se tardaron setecientos veinte minutos, cuarenta y tres mil doscientos segundos”.



Me transformaré en un pájaro y esto también lo tengo comprobado con arduos estudios. Condenado desde mucho antes de nacer, mi destino prefijado es volverme un mirlo. Sucederá, creo, en cuestión de pocos minutos.

Por eso es que cada mañana salgo a pasear por el bosque de Kampinos. Como el resto de seres vivos, los mirlos son proclives a fallecer. Yo los recojo, los examino, los anoto en una libreta, y los entierro. El propósito es quizá meramente católico: sucede que cada mirlo es propenso a albergar un alma dentro. Pero no me malen-

tiendas, lector, los animales no poseen espíritu como los hombres; sólo que algunos animales son humanos transformados mediante el doloroso método de la metamorfosis. Única explicación de los hechos inexplicables del mundo.

Básteme decir que en Varsovia suelen llover mirlos en plena ciudad. Nunca falta un día lluvioso de abril donde no caigan, en las calles o en el tejado de una casa, tres o cuatro mirlos. ¿Qué otra explicación para este fenómeno –inusual en otras tierras, por cierto– que la desorientación permanente de un humano vuelto bestia, aunada a nuestra necesidad irracional de las ciudades? He enterrado miles de mirlos en el bosque de Kampinos, pero quizá son más interesantes los que he encontrado en las calles de Varsovia. El año pasado encontré tres: dos machos y un joven, puede que también macho. Hace dos años encontré dos hembras; y hace tres años, cuatro jóvenes. La identificación es sencilla y no requiere de invasivos escrutinios: los machos son negros, las hembras son marrones, y los jóvenes son marrones con el pecho beige.

He de decir, por cierto, que nunca los encuentro juntos, sino distanciados por varios metros. Los mirlos son aves solitarias. Los griegos los designaron con el nombre de merula (posible diminutivo de mera, que significa ‘solo’). Son individualistas en extremo: cada uno de los mirlos se apropia de un territorio para sí mismo que mantiene y resguarda toda su vida. Sólo se permiten la compañía de su pareja.

Los mirlos tienen diversos cantos. Mi madre decía que son políglotas. No tengo manera de comprobarlo, pero sé que es así. Silogismo simple: si los mirlos son un alma humana y la lengua es el lenguaje del alma, el mirlo puede hablar tantas lenguas como el humano. Recorriendo el bosque de Kampinos he escuchado variedad de ritmos lingüísticos en el canto de los mirlos. Se llaman a sí mismos con entonaciones similares a las palabras *vögel*, *uccelli*, *tori*, *oiseaux*, *ptitsa*, *birds*, *niǎo*, pájaros, *ptaki*... Sobre todo *ptaki*.

La razón por la que hoy escribo esto es porque he encontrado dos mirlos que cayeron juntos en mi tejado: uno macho y otro hembra. No sé cómo proceder. Llegó el momento de mi metamorfosis y eso conlleva dejar mi religiosa búsqueda de mirlos. Debo legar mis conocimientos a alguien más. Pero ¿a quién? Si tan sólo el miedo no me hubiera impedido un hijo. ¿Quién más en Polonia tendría la decencia suficiente como para ofrecer un funeral de mirlos? De momento estoy

tranquilo: sé que los mirlos son ellos y eso me basta. Sí, son ellos: casi puedo ver en sus ojos el recuerdo de la cocina desde el cielo.

Creo que uno tiene que entender que demasiadas cosas pasan a pesar de la voluntad propia. Yo no quise que mi primera palabra fuera *marzyciel*, ni quise siquiera nacer polaco, ni mucho menos vivir en el 39. Pero así sucedió. Llamémosle Dios, llamémosle destino, fortuna, o llamémosle con el anticuado nombre de matemáticas. Cada infinita sucesión de eventos puede predecirse si se conocen las variables que la afectan. Quiero decir que nuestras almas son futuros mirlos, o al menos la mía (quizá la tuya no, lector, quizá la tuya es un tigre, un insecto, o un asno).

Si mi vida fuera una novela, éste sería el penúltimo capítulo. El augurio del final inminente: el punto máximo del conocimiento anticipado de mi propio final trágico. El último capítulo sería —evidentemente— la larga descripción de mi metamorfosis en mirlo (para los lectores, acaso metafórica; para mí, simple realidad).



Marzyłam, że tak jak moi rodzice zostanę ptakiem. Keine Neuigkeiten in den Rauchfeldern.



Ahora el reloj que yo tengo no funciona. Colgado en la cocina, no hace sino esperar a que cierta erosión en su madera le conceda caer al suelo y romperse. Sólo me queda intuir los segundos con la mente, como cuando niño. El lector creerá que mi habilidad requería de una concentración perpetua y estable, pero se equivoca. Fuera de casa, sin reloj disponible, yo presentía el paso del tiempo, y cuando se me daba la oportunidad de comprobarlo, acertaba. Siempre acertaba.



El día en que el general Hajrich Marzyciel y su esposa Matyl-da, mis padres, desaparecieron el once o doce de febrero de 1919, yo desperté a las 8:10 gracias a las pisadas de varios caballos por la calle. Bajé a la cocina y sólo encontré el café todavía hirviendo. Los busqué.

Admito que los busqué. Cualquier otro niño hubiera entendido que no estaban, pero yo, que siempre fui metódico, los busqué. En su cuarto, en la sala, en el baño, en la biblioteca del segundo piso, debajo de los sillones, en cada cajón de cada mueble, incluso en mi propia habitación. Lo único que pude encontrar, sin embargo, fue una ventana abierta en la cocina por la que alcancé a ver, sobre las tejas anaranjadas de las casas, dos mirlos volando a lo lejos.



Desde la mañana de ayer hasta hoy en la noche –y perdone el lector cualquier mínimo fallo en mis cálculos– han pasado algo así como tres o cuatro minutos, como catorce segundos, como treinta y dos instantes. Ya no debería tardar mi transformación.

